

# **P. F. Javier Oleaga Madina, S. I.**

(Oñate, Guipúzcoa, 05/12/1931 – Zumárraga, Guipúzcoa 08/09/2017)

## **Funeral de Francisco Javier Oleaga Madina, S.J. Basílica del Santuario de Loyola Iraila 9 Septiembre 2017**

Senideok: Atsekabez beterik gaude gaur hemen, Frantzisko Xabier Oleaga Madina gure apaiza, Jesusen lagundikoa, hil zaigula eta. Dolu eta saminak ekarri gaitu, beraren betiko zoriona eskatzera.

Hermanos: Hoy estamos de luto porque nuestro hermano Francisco Javier Oleaga Madina, sacerdote jesuita, ha muerto. La pena y el dolor nos han traído aquí y nos unen en la oración por su suerte eterna.

Heriotza honen aurrean beste edonorren heriotzaren aurrean bezala, honela esaten digu Jaunak: “*Izan ezazue bihotz; garaitu dut Nire heriotza*”. (“*No temáis, yo he vencido a la muerte*”). Horregatik, ba, gure itxaropena sendotzen salatuko gara, Jesus Berbiztauagan oinarritzen den itxaropena.

Ante esta muerte, como ante la muerte de todos los hombres, el Señor nos dice: “No temáis, yo he vencido a la muerte”. Por eso, tratamos de avivar nuestra esperanza, que se apoya en Cristo Resucitado.

Con el canto *Aita Gurea* compuesto por Aita Madina, (Francisco) tío de nuestro compañero jesuita Javier Oleaga Madina, cantado por el orfeón donostiarra, he templado mi espíritu a la hora de rasgear, con la pluma electrónica de mi ordenador, estas palabras, que quieren ser una glosa de las lecturas litúrgicas de este domingo 23.º del Tiempo Ordinario litúrgico en las que he querido enmarcar también el *Agur Jesusen Ama* que cantaremos todos al final de esta Misa funeral por el eterno descanso de su alma.

Toda muerte es una sorpresa y aunque el estado físico y médico de nuestro Javier nos hacía sospechar un final más o menos cercano, hemos recibido el anuncio de su travesía a las estrellas, ya sabéis, a la Casa del Padre, con la resignación propia del ser humano que nace en el tiempo pero con vocación de eternidad. Esa eternidad que ha alcanzado ya Francisco Javier.

Con el salmo 94 de la liturgia de hoy hemos rezado:

Venid, aclamemos al Señor,  
demos vítores a la Roca que nos salva;  
entremos a su presencia dándole gracias,  
aclamándolo con cantos. R/.

Zatozte, pozez egin oihu Jaunari,  
txalo dagiogun salbamen dugun Harkaitzari.  
Hurbil gakizkion aurrera esker-kantuekin  
jai dagiogun txalo eta eresiekin. R/.

¡Cómo no vamos a aclamar, a dar vítores al Señor, a entrar en la presencia de Dios, aclamándolo, acompañados de la biografía de Francisco Javier Oleaga quien desde su Oñate natal, a los pies de la Virgen de Arantzazu, vivió el nacimiento de su vocación jesuítica cursando

los dos primeros cursos del bachillerato en el Colegio Apostólico de San José de Durango, para cursar el resto de los cursos en la Apostólica del Castillo de Javier!

Entrad, postrémonos por tierra,  
bendiciendo al Señor, creador nuestro.  
porque él es nuestro Dios  
y nosotros su pueblo,  
el rebaño que él guía. R/.

Rezábamos en la segunda estrofa del salmo 94 en la liturgia de este domingo litúrgico adelantado a este sábado mariano.

Y en la lengua materna de Francisco Javier produce este eco:

Zu gertatu baitzara nire laguntzailea,  
pozez oihu dagit zure hegal-itzalean.  
Nire gogoa Zuri itsatsia dago,  
zure eskuinak eutsita dago R/.

He comenzado escuchando el *Aita Gurea* de Aita Madina, pero esta vez, doy alas a mis oídos y a mi corazón, con otra de sus composiciones emblemáticas, el *Agur Maria*, cantada por el Coro de Oñate.

Reflejo, ahora, las palabras de la carta a los Romanos de San Pablo, en la segunda lectura de la liturgia de hoy en la que se resume la característica del Dios de la Vida, el eternamente joven, que nos acompaña, que ha acompañado a Francisco Javier en su vida y que le habrá recibido en el cielo de sus amores y en el cielos de sus deseos: *“A nadie le debáis nada, más que amor; porque el que ama tiene cumplido el resto de la Ley”*. El resumen de todo ello, que el mismo San Pablo nos transmite en la lectura citada es: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Y añade, pedagógicamente: *«Uno que ama a su prójimo no le hace daño: por eso amar es cumplir la ley entera»*.

Y prosigue el mismo Francisco Javier Oleaga, en sus apuntes de homilías para el plural de bodas que presidió tanto en las parroquias donde estuvo, como en esta misma Basílica de Loyola: *“Amaos siempre con generosidad. Amaos sin condiciones, como la hace siempre Dios. Y amad a todos, no encerréis el amor en vuestro hogar. Amaos en libertad. No somos libres de amar o no amar; sino libres para amar en libertad. Amad porque os sale de dentro, porque os sale del alma”*.

Hemos escuchado en la introducción de esta Eucaristía la crono-biografía resumida de la vida de nuestro Francisco Javier y en ella hemos podido comprobar que toda su vida estuvo, lo que podríamos llamar, volcada en la pastoral. Desde el principio y tras ser ordenado sacerdote y terminados sus estudios de teología comenzó con una pastoral, en principio original, ya que durante dos años fue capellán militar en acuartelamientos del Ejército en Madrid. La Compañía de Jesús tenía que cumplir unos cupos de capellanes militares, como el resto de las órdenes religiosas, y fue destinado a esa pastoral nuestro Francisco Javier a sus 31 y 32 años. Recordaba con cariño esos años de trabajar pastoralmente con la tropa y a esa labor se entregó con ilusión, acompañado siempre de su lambretta que le hacía ser autónomo para poder desplazarse y así cumplir con sus obligaciones de la capellanía.

Pero pronto comenzó, año 1965, a tomar contacto con plataformas apostólicas de la Compañía de Jesús, como la Residencia del Sagrado Corazón de Jesús de San Sebastián, donde se preparó, apostólicamente, para ser nombrado, a los dos años, primero vicario-parroquial, luego párroco, en la Iglesia de San Pablo, que construyó la Compañía de Jesús en el barrio de Alza de San Sebastián.

Barrio obrero y joven que entonces no contaba con demasiadas infraestructuras, pero a las que se contribuyó a crear y mantener desde la Parroquia de San Pablo. Hay mucha historia

contenida en estos primeros años que se continuaron por parte de Francisco Javier a mediados de los años 70, después de pasar por el Solar Español de Burdeos, obra emblemática de la Compañía de Jesús de atención a emigrantes españoles donde fue destinado en 1974, para volver posteriormente en el año 1985, después de pasar por la Parroquia de Lourdes de Tudela durante 5 años de actividad apostólica.

No quiero dejar en el tintero electrónico el evangelio que hemos leído hoy y que tantas veces interiorizó Francisco Javier en su actividad pastoral.

El sacerdote Javier Leoz, con su comentario al evangelio de hoy, me da pie a decir que: *«La corrección fraterna no significa el modelar las personas a nuestro antojo. Cuántas veces nos creemos con derecho a apuntar las debilidades de los demás y a ocultar las nuestras. El Señor nos indica el camino y el sentido auténtico de la corrección fraterna: buscar que nuestros hermanos estén en comunión con Dios».*

*« Sólo, desde la lectura de la Palabra de Dios, desde el amor a Cristo, desde el deseo de encontrarnos con Él es cuando, la corrección fraterna, es entendida como un camino que nos abre las puertas hacia el encuentro personal y auténtico con Jesús y a una mejora en nuestra relación con los demás».*

Entre los apuntes que guardaba, encima de su mesa del cuarto de la Enfermería, Francisco Javier, entresaco esta pequeña oración en la que se dirige a Dios diciendo: *«Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desesperado, ayúdanos a mantenernos disponibles ante quien se siente explotado y oprimido».*

El día de la ordenación sacerdotal le preguntaron a Francisco Javier Oleaga Madina: *«Quieres unirte cada día más a Cristo, Sumo Sacerdote, que por ti y por todos se ofreció al Padre como víctima santa, y con él consagrarte para la salvación de los hombres?»*

“Bai Jauna, nahi dut, Jainkoari eskerrak”.

(“Sí, quiero, con la gracia de Dios”).

“Badakit norengan jarri dudan nire itxaropena”.

(“Sé bien de quien me fiado, en quien he puesto mi esperanza”).

Pues eso, sabía bien de quién se había fiado y tras dar el paso adelante desde la mente y el corazón, se mantuvo fiel a una vocación que Dios le regaló y que él supo guardar, hacer crecer y llevar hasta el final. Hasta las estrellas. Hasta la Casa del Padre.

Luis Manuel de la Encina, S.J.

Loyola, 11 de septiembre de 2017